

No hay que entregarles el espíritu..., sólo hay que ofrecerles la inteligencia

Esteban Rodríguez

Hoy la ciencia no es una actividad exclusiva de unos pocos solistas. Hoy los científicos somos muchedumbre. ¿Cómo vive la ciencia esa muchedumbre? El alma que habitó en los científicos por siglos, ha cambiado, siendo difícil reconocerla. ¿Qué hace, en realidad, la muchedumbre de científicos? Elabora proyectos científicos, los cuales son cada vez más extensos, complicados y una verdadera camisa de fuerza. Y luego,...empieza la carrera contra el tiempo. Dice don Héctor Croxatto: La presión por ganar fondos para sus proyectos, la presión por publicar trabajos que los validen ante el mundo científico y sus competidores, los vuelven verdaderas máquinas en búsqueda de nuevos datos y eso termina reduciendo para ellos el valor del concepto "verdad", que se transforma en algo simplemente verificable, pero jamás en aquella huella de belleza de la que, por un don divino, los hombres podemos participar (2).

¿Y las publicaciones? ¡Ah, las publicaciones! Lo que se supone es el fruto intelectual más maduro, la ofrenda honesta a la sociedad, el medio para compartir mi hallazgo con los colegas, se ha transformado en un fin y se ha hecho dependiente de modas. Durante siglos, los pocos que investigaban, publicaban una o algunas pocas monografías donde registraban los esfuerzos de muchos años o de toda una vida. Luego, todo cambió; llegó la moda del número y la regla era "dime cuánto publicas y te diré quién eres", y las bibliotecas se llenaron de papeles sin contenido; ello hizo que a quienes les interesa la verdad, debieron desarrollar el difícil talento de encontrarla entre pseudo verdades elegantemente presentadas. Pero la moda volvió a cambiar. Ahora la norma es "dime dónde publicas y te diré quién eres "; y entonces la preocupación de la muchedumbre de científicos es cuánto impacto producen sus publicaciones. Hoy los proyectos de investigación se han transformado en verdaderos contratos en que los científicos nos comprometemos a publicar. Creo que para muchos de los científicos contemporáneos el siguiente es el orden de valores y prioridades: 1) Conseguir recursos, los que más se puedan. 2) Publicar la mayor cantidad de posibles trabajos para garantizar la obtención de nuevos recursos. 3) Investigar para obtener resultados que posibiliten la publicación de estos trabajos.

Es a esta atmósfera y a este estilo al cual incorporamos a los jóvenes para que se formen como científicos. Y los jóvenes que no conocieron otro estilo de hacer ciencia, terminan por aceptarla, incorporarse y mimetizarse; o por rechazarla y continuar su búsqueda por donde el espíritu vuela a otras alturas. ¿Dónde están los apasionados del laboratorio (no de las oficinas) que dieron su vida en ellos sin horarios, ni vacaciones por calendario? ¿Dónde están los que compartían sus hallazgos no publicados, los que se alegraban con las conquistas de otros? ¿Dónde están los que publicaban de tanto en tanto sólo lo que consideraban un aporte a la verdad? ¿Dónde están los que trabajaban en el laboratorio codo a codo con sus discípulos? ¿Dónde están los que con su testimonio cotidiano formaban a sus discípulos?

La Universidad, que es ciencia, ha de tener paciencia y por lo tanto debe ensimismarse (1). La política, y dentro de ella la política científica, que es poder, es impa

ciente y nos reclama urgencia. Pretenden que nos movamos desde nuestro centro que es el ensimismamiento, a lo excéntrico que es la urgencia; y este dualismo que lo vivimos concretamente cada día, nos desgasta y esteriliza. Es como si se estuviese corriendo todo el tiempo ¿para qué? No precisamente para tomar vuelo, sino para tratar de asirse del último coche de un tren en movimiento. Hay un atolondramiento de casi todos los espíritus modernos, que se pasan la vida corriendo a todo correr de un lado para otro, y no por amor a aquel adonde van, sino por buscar quien sabe qué (3), y esto se parece más a la desesperación que a la felicidad.

Esencialmente, todos los sistemas que en los diferentes países organizan la actividad científica son apropiados y más o menos eficientes, y su existencia es indispensable. Creo que cualquiera sea el sistema elegido por un país, los investigadores tendrán la posibilidad de que su orden de valores no le sea mayormente trastocado, de tal manera que investiguemos para realmente develar un secreto de la naturaleza, con lo cual se sirve a la cultura y también al hombre concreto. Es posible hacer ciencia de tal manera que una publicación científica sea el fruto de mi búsqueda, fruto que quiero compartir con la sociedad, fruto que sea una llave para abrir y estimular otras conciencias, y no una llave para abrir el cofre de las becas, los cargos, el poder... Es posible hacer ciencia de tal manera que los recursos económicos sean un reconocimiento a la tarea ya hecha, y no una transacción comercial sobre algo que se promete hacer, y que se debe hacer, sea como sea. Y si todo esto es posible ¿por qué hacer ciencia atolondradamente, con angustias, bajo presiones artificiales, con plazos perentorios, con urgencias que sólo está en la mente de quienes las exigen?

Hay que volver a anunciar que sigue siendo posible hacer ciencia en paz, reflexivamente, buscando develar lo creado... ¿Tiene sentido librar esta batalla? Sí. Porque creo que Don Quijote sigue vivo entre nosotros. Y mientras él esté vivo hay esperanzas. No pocas veces me he sentido caminando junto a él, entre los paneles de un congreso multitudinario; y aburridos y hastiados él y yo de la superabundancia de datos y de la escasez de sustancia, nos hemos ido a caminar por un bosque cercano. Y conociendo de su experiencia con los molinos de viento, algunas veces le he preguntado: "¿Y si arremetemos?".

Hago un brindis por Don Quijote, porque siga siempre vivo entre nosotros; brindo por Don Quijote investigador. Tengo la esperanza que él y sus discípulos arremetan contra la fortaleza en que estamos, de alguna manera, prisioneros los científicos, y nos liberen, y que volvamos a encontrarnos con la naturaleza y con el hombre, para volver a ser apasionados y felices.

¿Estoy hablando de un sueño, de una utopía, porque nada cambiará, todo seguirá igual, al menos durante el breve período de mi existencia? NO, porque el alfa y el omega también están en cada uno de nosotros. Y si un hombre se libera, de alguna manera se liberan todos. Las buenas obras nunca descansan. Pasan de un espíritu a otro, después de dejar en cada uno la llama encendida. Si sólo uno se libera, y hace ciencia con conciencia, y haciéndolo es más feliz, el sueño se hace realidad ¡Que alegría inundará su espíritu, cuando empiece a caminar entre todos los que quieren que haga ciencia productiva, o que tenga un alto impacto! **La cosa es no entregarles el espíritu, sólo hay que ofrecerles la inteligencia.**

Creo con Unamuno (3) que hay que "buscar la grandeza, la más honda, la más duradera, la menos ligada a nuestro tiempo y a nuestro entorno, la universal, y será así como mejor servimos a los cercanos".

¿Vale la pena predicar en el desierto? SÍ, porque el desierto oye, aunque no oigan los hombres, y de tanto en tanto el desierto florece y se convierte en sonoro jardín ¿Vale la pena pregonar en el desierto? SÍ, porque es un pregonar auténtico, duro, sufriente, que da una fuerza poderosa para pregonar en la ciudad... Hay que ir al campo, a la montaña, y allí visitar nuestra conciencia, y volver luego a la sociedad para vivir en ella. Vivir aparentemente como todos, pero sentir como uno mismo. El visitar y visitar nuestra conciencia permite avanzar en las honduras de nuestro espíritu, descubrir cada día nuevos horizontes, no perder de vista en él al hombre, pero sobre todo, permite dar sustancia a nuestra esperanza. No son esperanzas ajenas las que hay que colmar, sino las propias.

La formación de nuevos científicos implica contribuir a la formación de personas que hacen de la ciencia un estilo de vida, y la relación maestro-discípulo que ha operado por siglos, no podrá ser reemplazada aunque si perfeccionada por los complejos y laberínticos programas doctorales. El testigo que un maestro entrega a su discípulo es su testimonio de autenticidad, de apasionamiento; es el compartir día a día la incertidumbre que se siente en la frontera y que alimenta la búsqueda. Sin esta entrega esencial no habrá formación posible; solo habremos entregado información.

He preparado esta nota mirando el presente con cierta ira, hacia atrás con nostalgia, y hacia adelante con esperanza.

1. Jorge Millas. La ciencia en una cultura del hastío. En: "El rol de la ciencia en el desarrollo" (A. Amengual y J. Lavados, Vds.). CPU, Santiago, 1978, pp. 35-45
2. M.E. Roblero. "La promesa del asombro. Héctor Croxatto, un pionero de la ciencia experimental en Chile". Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago. 1995
1. Miguel de Unamuno. Auto diálogos personales. Serie Ensayistas Hispánicos. Colección Ensayos. Ediciones Aguilar S.A., Madrid, 1959

Esteban Rodríguez es Profesor de Neurociencias en la Escuela de Medicina de la Universidad Austral de Chile y Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga